

La reina negra

de Roberto Cormenzana

Todos se detienen y la última comparsa toca sólo para mí sus últimos acordes, y doy vueltas y más vueltas como un derviche a ritmo de polka de gaitas, y una estela roja y blanca que se come a sí misma se estampa en el azul cielo y en el gris de los adoquines. Toko-Toko me da la espalda pero mi corazón seguirá siendo suyo. Varios metros más abajo, la Japonesa está comiendo churros, y Caravinagre y Napoleón hacen de las suyas. Con el palo no, con la verga sí. Los niños valientes les plantan cara y se ríen, desafiantes. La chica relámpago me saca una foto y contempla absorta mi tocado de plumas doradas. ¿Estoy guapa? ¿Lo estoy? Hace ya más de siglo y medio, papá Tadeo, y todavía me emociono como el primer día. Las nenas y los nenes mozos, que logran no derramar lágrimas, me han regalado sus chupetes, que ahora cuelgan de mis manos. ¡Soy tan feliz, San Fermín! Nuestra magia se enrosca en mi danza giratoria y la gente me aplaude y me rinde pleitesía. Porque yo, Braulia, soy la reina de América.